

EL MÓN URBÀ A LA  
CORONA D'ARAGÓ  
DEL 1137 ALS DECRETS  
DE NOVA PLANTA



**XVII**

Congrés d'Història de  
la Corona d'Aragó

Congreso de Historia  
de la Corona de Aragón

Congrés d'Histoire de  
la Couronne d'Aragon

Congresso di Storia  
della Corona d'Aragona

IMPRESORES Y POLÍTICOS. LOS PODERES  
ALICANTINOS ANTE EL ESTABLECIMIENTO DE  
LA IMPRENTA

**Verónica Mateo Ripoll**  
Universidad de Alicante

Barcelona-Lleida, 7-12 de setembre del 2000



# IMPRESORES Y POLÍTICOS. LOS PODERES ALICANTINOS ANTE EL ESTABLECIMIENTO DE LA IMPRENTA

Verónica Mateo Ripoll  
Universidad de Alicante

Los estudiosos de la historia de la cultura son particularmente sensibles al hecho de que el producto tipográfico por excelencia y vértice difusor de la misma, el libro, es el resultado de un complejo fenómeno donde convergen e interactúan razones de índole política, económica, social, y por supuesto, cultural.

Ha sido en el mundo urbano donde los análisis sobre el libro y las bibliotecas han cosechado mayores éxitos, especialmente los trabajos centrados en su circulación y capacidad de penetración, a través de los cuales se ha podido profundizar en los modos de vida y pensamiento de los distintos grupos sociales que allí coexisten. Pero otra de las formas de abordar la historia de la manifestaciones culturales urbanas es a partir del estudio de la imprenta y librería, especialmente sus relaciones y desarrollo en el espacio sociocultural que las acogió en cada momento. Por lo que respecta al cultivo de ambas tendencias en Alicante y provincia, el éxito obtenido ha sido, ciertamente, escaso; los exiguos trabajos existentes se han centrado en las recopilaciones bibliográficas, en los recuentos de talleres y tipógrafos, así como en la enumeración y descripción de impresos y folletos. Esta pasión por el dato erudito, por la cronología y la cuantificación, ha hecho que —salvo excepciones— la historia de la imprenta se haya reducido a un tipo de historia evenemencial, apenas preocupada por los procesos de producción y difusión de lo impreso, por las motivaciones de los impresores y/o los lectores, así como por la actuación de los poderes —Iglesia, municipios, Universidad, etc.— que, presumiblemente, debieron favorecer su implantación. Sin rechazar de plano este tipo de estudios, de obligada consulta por su indiscutible utilidad, veamos —aún sucintamente, dada la brevedad que toda comunicación impone— cómo se fueron gestando dichas manifestaciones en Orihuela y Alicante; primeros municipios, por orden, en acoger las prensas tipográficas.

\* \* \*

Orihuela está considerada como la primera ciudad de la provincia en hacer uso de los tipos móviles en los primeros años del Seiscentos. En términos generales, no fue éste un buen siglo para la imprenta y librería, al contrario de lo que había sucedido en el periodo anterior; la baja calidad papelera y tipográfica, las leyes y restricciones que se ciñeron sobre ellas, los conflictos de orden político, económico e ideológico que se sucedieron en Europa, y España en particular, mermaron y empobrecieron la actividad editorial<sup>1</sup>. La ciudad del Bajo Segura disfrutaba por entonces de la capitalidad de la Gobernación, que mantuvo hasta bien entrada la centuria. Su marcado carácter eclesial, sus perfiles barrocos y costumbristas, sus manifestaciones culturales y religiosas, onerosas y algo fatuas —tal y como revela la exteriorización de su *modus vivendi*— la convertirían en una población con unos síntomas muy acusados de la patología de la sociedad del Antiguo Régimen<sup>2</sup>.

Sería, además, en los primeros años del siglo XVII, cuando comenzaría a funcionar su Uni-

versidad, una vez salvados los distintos obstáculos que habían impedido su regular funcionamiento durante algunas décadas<sup>3</sup>. Fue precisamente el tema universitario, el aval que durante algún tiempo utilizaron ciertos estudiosos para justificar los asentamientos tipográficos en Orihuela, ya que, como centro difusor de cultura, se le suponía una necesidad del arte tipográfico para expresar y propagar determinadas enseñanzas e ideas<sup>4</sup>.

Sin embargo, Orihuela no presentaba el contexto de otras sedes universitarias, como Salamanca o Alcalá de Henares, con las que de manera más o menos velada se le había comparado, y lugares idóneos donde situar talleres tipográficos por su efervescencia cultural, calidad de profesorado y cantidad de alumnado —factores decisivos en la producción y consumo de libros impresos<sup>5</sup>—; así como, de igual modo aunque en mayor proporción, por ser centros de acogida de una amplia población clerical, tanto regular como secular. Este último sector, ciertamente, era consumidor nato de un determinado género librario, especialmente en lo que a «libros útiles» o «libros profesionales» se refiere; pero, no es momento ahora para detenernos en esta cuestión, que luego retomaremos. Volviendo sobre la imprenta, la capital del Bajo Segura no estaba en condiciones de hacer frente a la competencia que representaban otros establecimientos de raigambre, establecidos tiempo atrás y ya consagrados en la capital valenciana o en la zona castellana, por ejemplo, así como escasas eran las posibilidades de crear una infraestructura de mercado adecuada, que facilitara la fluidez de intercambios entre impresores, editores y libreros, ya fuera de material librario o tipográfico; hecho que marcó desde el principio unos límites muy claros a los tipógrafos que se fueron estableciendo en ella, al compás de una demanda ciertamente irregular y hasta deficiente.

La Universidad apenas alteró el cadencioso ritmo de vida de la ciudad, como tampoco ésta se ligó sin dobleces al devenir de la empresa universitaria. No fue un agente de integración, ni marca y marchamo del desarrollo de la urbe; se limitó a crecer de manera embrionaria en el seno del orden social, económico y cultural establecido, sin apenas quebrantarlo. No obstante lo dicho, no vamos a minimizar el papel desempeñado por este centro ya que, al igual que el resto de universidades menores, ayudó a la extensión de determinados presupuestos educativos y culturales, pese a su consideración de rancieros, quizá en exceso conformistas, y algo decadentes. El Estudio General oriolano contribuyó a aumentar el nivel cultural medio del estudiantado, otorgándole los instrumentos necesarios para el ejercicio de una profesión, o sembrando la nada insignificante posibilidad de despertar al conocimiento artístico, científico o literario<sup>6</sup>.

Estas consideraciones sobre la Universidad de Orihuela tienen la intencionalidad manifiesta de hacernos reflexionar sobre el contexto del asunto que nos preocupa y ocupa: el establecimiento de la imprenta. En el estudio de las causas y condicionantes que conforman el tejido idóneo para su implantación, no podemos eludir el marco cultural, educacional y formativo, cuya máxima expresión la ostenta el Estudio General; la culminación del *currículum* universitario representa la cima de la proyección intelectual de un individuo, a partir de los dispositivos y mecanismos impulsados por la sociedad que lo acoge. Pero ésta debe saber amoldarse a las nuevas estructuras, ha de tender la mano y facilitar la preparación en los estudios, ha de insertarla en su propio dinamismo, al tiempo que responder a sus necesidades. Si la maquinaria concesión-recepción no está bien cimentada, el resultado no necesita de muchos comentarios.

\* \* \*

La bibliografía generada hasta la fecha ha acuñado el año de 1602 como el de la introducción de la imprenta en la provincia de Alicante, con la publicación en el establecimiento oriolano de Diego de la Torre, del libro *Synodus oriolana secunda* —hoy rareza bibliográfica, pues

to que sólo en la Comunidad Valenciana se ha constatado la existencia de un único ejemplar en la Biblioteca Universitaria de Valencia— por encargo del obispo José Esteve; y, al año siguiente se imprime *De bello sacro religionis... ad libros Machabaeorum...* del mismo autor, así como *Devocion del santo Rosario*, del dominico Pedro Zaragoza de Heredia. A menudo se ha presentado como iniciativa eclesiástica este asentamiento tipográfico, justificándolo por la pujanza económica, social y cultural de la Iglesia en esos momentos<sup>7</sup>. Sin embargo, tenemos serias dudas al respecto, y pensamos que obedeció más una iniciativa personal del prelado Esteve, que a una empresa colectiva, meditada y llevada a cabo de forma mancomunada por el obispado y el cabildo catedral, quienes no mantuvieron muy buenas relaciones<sup>8</sup>.

A lo largo de los más de treinta años que se mantuvo activo, De la Torre anduvo itinerante con su imprenta por varias ciudades —Valencia, Orihuela, Murcia y Zaragoza—; práctica habitual en los primeros momentos de la introducción de las prensas en nuestro país, pero no tanto en las fechas en que nos encontramos, lo que no deja de sorprender<sup>9</sup>.

Utilizando, pues, la fecha de 1602 como punto de referencia, podemos comentar que la ciudad apenas acogió más de un taller de imprenta al mismo tiempo; normalmente se iban sucediendo los establecimientos, salvo en un par de ocasiones en que se mantuvieron dos. Este fue el caso de los negocios de Juan Barceló y Agustín Martínez, quienes imprimieron sendas obras en 1612; lo curioso es que, al parecer, la producción del primero se limitó únicamente a *Reales exequias que... la ciudad de Murcia... celebró a la muerte de doña Margarita de Austria*, de Rodrigo Riquelme de Montalvo. Del mismo modo, la producción impresa por Francisco Felipe Mey «convivió» en el mercado con la de Luis Berós, durante los años 1617 a 1619<sup>10</sup>.

Por lo que se refiere a la procedencia de los tipógrafos, las relaciones e intercambios entre Murcia y Orihuela siempre fueron muy fluidas; y en materia de imprenta, también. Lo demuestra que de los doce impresores que firman colofones entre 1602 y 1733, cinco se hubieran establecido anteriormente en la capital vecina. Si Diego de la Torre se había instalado en Orihuela ante la escasez de trabajo en Murcia, allí volvió para imprimir una obra del erudito Diego de Arce en 1606. De la Vega Alta del Segura también procedían Agustín Martínez, Luis Berós, Juan Vicente Franco y José Díaz Cayuelas, algunos de los cuales mantuvieron talleres abiertos en ambas ciudades al mismo tiempo. Pero, sin lugar a dudas, fue Valencia la metrópoli donde la imprenta cosechó mayores éxitos, monopolizando este arte en la Comunidad durante más de un siglo. Allí trabajaron el citado Diego de la Torre, así como Juan Vicente Franco, Mateo Penén, Francisco Felipe Mey y, presumiblemente, Jaime Mesnier<sup>11</sup>. Fue precisamente este último tipógrafo el introductor de la imprenta en Alicante, ochenta años después que en Orihuela, al facturar en su taller de la calle del Empedrado la obra del canónigo Isidro Sala, *Oracion funebre en la muerte y exequias de la Reyna de España, Doña María Luisa de Borbón*, en 1689; único impreso suyo constatado por el momento en esta población<sup>12</sup>.

Los impresores establecidos en las ciudades objeto de estudio difícilmente gozaron de autonomía, y menos todavía imprimieron libros a su costa; la dependencia de los apoyos públicos fue necesaria durante todo el siglo. Las imprentas institucionales apenas existieron, y cuando lo hicieron su duración fue efímera y de escasa productividad. Un vistazo a los pies de imprenta de portadas y colofones, nos informan de que el Convento de San Agustín, el Palacio episcopal de Orihuela o el Colegio-seminario de San Miguel acogieron prensas<sup>13</sup>. Esta misma fuente también nos resulta útil para verificar que Juan Barma o José Díaz Cayuelas, fueron de los pocos profesionales que se costearon sus impresos<sup>14</sup>.

La producción, en líneas generales, no se centraba en obras de calidad, sino más bien en otras de carácter mediano, poco especializadas y destinadas a un público más amplio. Tanto

los impresores oriolanos como los alicantinos vivieron sobre todo de facturar pequeños trabajos a modo de formularios, cartas de pago, memoriales, carteles de fiestas, de actos académicos, etc., encargados, entre otros, por los concejos o ayuntamientos de ambas poblaciones, la Catedral de Orihuela o la Iglesia de Santiago. Así por ejemplo en 1701, con motivo de una conmemoración religiosa organizada por la última iglesia citada, se acordó declarar tres días festivos; en el memorial de gastos, junto a las partidas que se destinaron a fuegos, danzas, procesiones, cera, altares y sermones, figuraban 38 reales y 12 sueldos que debían abonarse a Jaime Mesnier, por la impresión de los papeles anunciadores de los festejos<sup>15</sup>.

En el contexto de los asuntos que a nosotros nos interesan, conviene que nos detengamos ahora en ese género o tipo de producción considerada «menor», de gran calado social, que a menudo logró salvar de la ruina a más de un tipógrafo. Y es que, en ocasiones, al hablar de imprenta, y sobre todo de producción impresa, prácticamente de forma sinónima se tiende a identificar «impreso» con «libro», producto de mayor relevancia y prestigio social y cultural. Pero no podemos olvidar que no toda la producción impresa son libros; de hecho, muchos impresores consiguieron mantenerse a costa de facturar esas otras pequeñas piezas, normalmente producción efímera, destinada a un uso más inmediato y concreto, tratándose, en la mayoría de casos, de encargos efectuados por las instituciones locales. Lejos de pensar que nos encontremos ante un hecho excepcional, baste revisar algunos de los ensayos más sobresalientes elaborados en los últimos años sobre imprentas hispanas, para confirmar que se trataba de una práctica harto habitual; aunque eso sí, normalmente combinada con la elaboración de impresos «mayores», de obras de envergadura<sup>16</sup>.

Precisamente, uno de los grandes problemas con que tropezamos a la hora de efectuar un estudio —aún somero— sobre la imprenta en estas dos localidades alicantinas es que, hasta la fecha, nunca ha quedado clara la distinción social y profesional del impresor, los límites de su oficio o la valoración de su labor. Durante largo tiempo estuvo considerado como un artesano más, que realizaba una labor mecánica de la que se servían instituciones y particulares, exenta de ese halo cultural e intelectual del que se revistió con posterioridad. Y es que el producto de su trabajo no siempre respondía a unos intereses culturales, y especialmente literarios —aún hoy en día un taller tipográfico alberga una producción muy diversificada—; junto a los libros propiamente dichos, existió gran cantidad de textos impresos como edictos, pregones, pragmáticas, bulas, informes, cartas o relaciones, así como lo que Víctor Infantes denomina «publicaciones recurrentes», es decir, almanaques, pronósticos, carteles y calendarios. Su consumo inmediato produjo su destrucción casi instantánea, siendo escasos los ejemplares que han llegado hasta nuestros días; pero su abundantísima existencia, de la que hoy es imposible dar un número aproximado, aseguró una difusión masiva de información<sup>17</sup>. Las necesidades de la administración en materias política y económica, generaron la publicación de gran cantidad de cédulas, alegaciones, memoriales, pregones o bandos, y todo un sinfín de impresos menores, a veces de una hoja sólo; al igual que las corporaciones religiosas originarían la difusión de oraciones, estampas, sínodos o sermones<sup>18</sup>. A esta producción apenas se le ha prestado atención, en parte por lo provisional de su existencia; lo que ha motivado que en la actualidad existan tan pocos ejemplares. De hecho, la Biblioteca «Fernando de Loazes» de la ciudad del Bajo Segura, contiene algunos impresos de estas características, como son los calendarios de fiestas correspondientes a los años 1673, 1674, 1675, 1676 y 1677, ordenados confeccionar por el obispado de Orihuela, e impresos en esta ciudad por Mateo Penén el correspondiente a 1673, y los siguientes en Murcia, en el taller de Miguel Lorente; así como el *Sumario de las indulgencias... a los cofrades... de la esclavitud de Jesús, María y Joseph... de Orihuela*, sin pie de imprenta<sup>19</sup>. Y es que, una de las características de este género es, precisamente, junto a su corte extensión —1 ó 2 hojas a lo sumo— la ausencia casi generalizada de los datos relativos al área de publicación; práctica habitual en muchas imprentas pobres y con escasos materiales, especialmente durante el siglo XVI en el

área castellana, las cuales solían despachar gran cantidad de pequeñas piezas, de pliegos sueltos, sin indicación de imprenta<sup>20</sup>.

Respecto a la segunda de las cuestiones planteadas, es decir, los límites al oficio de imprimir, hemos de tener en cuenta que en los primeros momentos era frecuente que las labores de tipógrafo, librero, editor o fundidor de tipos se mezclaran; en parte por su dedicación a un asunto común, en parte por la costumbre de asociarse entre ellos, para sacar adelante determinadas empresas. Sus perfiles, en principio, empiezan a dibujarse y delimitarse a fines del XVI, aunque la confusión se mantiene algún tiempo en determinadas zonas, como en el caso que nos ocupa, producto, seguramente, de la falta de especialización por la precariedad del mercado; lo que obligó a estos profesionales a ocuparse de varias tareas si querían obtener algún beneficio o, simplemente, para poder vivir. Así, era frecuente que los libreros también se aplicaran en las labores de encuadernación, o que los mercaderes simultanearan la venta de libros con la de pergaminos, papel, tinta y cuadernos en blanco; actividades que hoy día son específicas de los comerciantes del ramo de la papelería u objetos de escritorio<sup>21</sup>. En este sentido, no sorprenderá que en 1643 la parroquial de Santa Justa y Rufina abonara a Vicente Franco, librero —oficio con el que figura en la documentación— 4 sueldos, por componer las pieles de los libros de coro<sup>22</sup>. Otra referencia más; ese mismo año, la Catedral acuerda la composición de dos libros de coro, para lo que se destina la suma de 32 libras al librero encargado de ello<sup>23</sup>. Esta dinámica parece mantenerse a lo largo de la centuria siguiente, como lo demuestra que en 1714 el impresor Claudio Page elevara un memorial al consistorio alicantino, solicitando le fueran abonadas las 10 libras a que ascendía el importe de su trabajo, por haber impreso un sermón del padre Francisco Rodrigo, a razón de 25 reales el pliego y 303 dineros la encuadernación de cada ejemplar, además de las 3 libras que costaban las 3 resmas de papel que había gastado en dicha composición<sup>24</sup>.

Aún en la tardía fecha de 1783, de nuevo la Catedral oriolana otorgaría carta de pago al impresor Alagarda por la encuadernación, pieles para tapas, tablas y mano de obra del «libro del invitatorio», cuyo coste ascendía a 9 libras, 4 sueldos y 8 dineros<sup>25</sup>. En lo relativo a la venta de productos propios del gremio papelerero, se sigue la misma tónica, a tenor de algunas otras informaciones exhumadas; así podemos comentar que en 1775 el librero y vecino de la ciudad, Nicolás Sevilla, trajo por encargo del templo mayor 36 docenas de pergaminos para la confección de un libro de salmos de maitines para el facistol de dicha iglesia<sup>26</sup>.

A la luz de los ejemplos comentados parece deducirse que el siglo XVII, y aún el XVIII en algunos lugares con menor tradición impresora y librera, no fue un momento brillante para el negocio impresor, librero y editor; de ahí que muchos profesionales, acuciados por la falta de trabajo y las precariedades económicas, simultanearan los encargos con el ejercicio de la encuadernación, e incluso con el de la reparación de libros. El comercio de libros en general, y el valenciano en particular, sufrió duros envites especialmente en el primer tercio del siglo; ello probablemente explique las escasas noticias que tenemos de profesionales durante este periodo, o que muchos tuvieran que estructurar sus talleres para hacer frente a los tiempos<sup>27</sup>. No obstante, no parece que este fuera un hecho aislado ya que, siguiendo a Pere Bohigas, durante el periodo barroco la encuadernación era una actividad normal para un librero; quien solía comprar gran cantidad de volúmenes en rama, para luego encuadernarlos y asegurarse así mayor margen de ganancia<sup>28</sup>. Cerdá Díaz, por su parte, ha constatado idéntica práctica en Lorca durante el Seiscientos, ya que el único librero de la ciudad, Juan de Mena, también se dedicaba a esta actividad, aunque todo parece apuntar que se trataba de una tarea puramente funcional, sin recreaciones artísticas, y destinada básicamente a preservar del deterioro los grandes libros<sup>29</sup>.

A fines del Seiscientos ya se percibe un cierto cambio de mentalidad respecto a la imprenta —aunque leve—, entre los miembros de las corporaciones religiosas de la ciudad de Orihuela. Así lo prueba que en 1691 el *Dietari* del cabildo catedral recoja la noticia de que con motivo de la puesta en marcha de una imprenta, se acuerde donar al impresor 5 libras, por una vez, para ayuda en su asentamiento<sup>30</sup>.

Sin embargo, esta «inquietud» por colaborar con los establecimientos tipográficos fue mucho más habitual y sistemática por parte del *consell* ciudadano. Desde 1612, al menos, se constata la existencia de una partida denominada «ayuda de costa» para asistir al impresor, al igual que se practicaba con otros oficios al servicio de la corporación municipal, como el escribano, archivero, contador, escritor de cartas, relojero, pastelero o artillero, por citar algunos de los asalariados. Siguiendo a Bernabé Gil, la «ayuda de costa» era un tipo de retribución fija que integraba lo que solía conocerse como salarios ordinarios. Su origen y cuantía no siempre estuvieron suficientemente claros, pero ya desde las últimas décadas del Quinientos aparecen consolidados como cargas ordinarias presupuestadas por consignaciones. El importe anual destinado para el impresor, obtenido a partir de las cuentas de clavería, se fija en 16 libras a lo largo de todo el siglo XVII y primeros años del XVIII<sup>31</sup>. Una de las primeras consignaciones de que se tiene noticia corresponde al año citado, cuando Agustín Martínez, a instancias del *consell* oriolano que le ofreció una ayuda de costa, adquiere el material de Diego de la Torre<sup>32</sup>. En 1623 Tomás Muñoz, regente de clavario de la ciudad, le hace entrega a Antonio Barma, librero<sup>33</sup>, de 16 libras «*per ajudar a pagar lo lloguer de casa... per ser pobre*»<sup>34</sup>. Idéntica subvención obtiene en 1626 Vicente Franco, con el fin de que hubiese en la ciudad «*un impremtor de llibres*», puesto que el consistorio tenía idea de publicar las obras de algunos oriolanos insignes y sería de más utilidad que se imprimieran aquí, «*perque costaria molt menys la dita impressio y seria mes correcta per estar presents los que la han feta y treballada...*»<sup>35</sup>. Pese a que Franco fue uno de los impresores oriolanos más prolíficos, no tenemos constancia de que dichas publicaciones se llevaran a cabo.

Como podrá suponerse a tenor de todo lo expuesto, el hecho de que el municipio asumiera destinar una asignación fija para el tipógrafo, conllevaría un reconocimiento implícito de la necesidad de sus servicios, al igual que del resto de empleados. Los motivos de esta obligación retributiva, de la que tan escasas noticias nos ofrece la documentación exhumada, muy probablemente haya que buscarla en que, a menudo, el *consell* se veía precisado de la imprenta para dar publicidad a las muchas festividades y celebraciones en que se veía inmerso a lo largo del año —certámenes literarios, procesiones, representaciones dramáticas, exequias de algún miembro de la familia real, etc.—, así como por la utilización, en el día a día, de formularios, cartas de pago, memoriales, alegaciones, instrucciones y demás, que comprendían toda esa serie de «impresos menores» a los que aludíamos con anterioridad, y que tan escasa huella han dejado, por su existencia y utilidad efímeras.

Pongamos como ejemplo el municipio de la capital alicantina. Sus necesidades tipográficas se vieron cubiertas durante todo el siglo XVII, merced a las prensas de las vecina localidad de Orihuela, los cuales facturaron la reimpresión de los *Estatutos para el gobierno de la ciudad de Alicante concedidos por... el rey... Carlos II*, en 1699<sup>36</sup>, o diferentes sermones predicados con motivo de las rogativas por el agua o las fiestas de San Juan Bautista, por citar algunos<sup>37</sup>. Pero, sin duda, fue Valencia la ciudad que más trabajos acaparó, encargados, tanto por parte de las autoridades civiles y religiosas, como por particulares; así, la imprenta de Juan Lorenzo Cabrera facturaría diversas alegaciones que la ciudad de Alicante presentó con motivo de los pleitos que mantuvo con la villa de Jijona, el señor de Agost, el doctor Victoriano Tredós y Pascual, o la universidad de Muchamiel, por razón de las obras del Pantano de Tibi. Respecto a los particulares, únicamente citaremos la detallada exposición presentada por Francisco Bourgunyo Torregrosa ante el Consejo de Aragón, por la causa de milicia y generosidad de su familia, que cursaba en dicha instancia<sup>38</sup>.

\* \* \*

En otro orden de cosas, y con las precauciones necesarias, lo expuesto hasta momento no invita a pensar que existiera organización gremial alguna; puesto que, pese a las reiteradas peticiones de los poderes públicos solicitando asentamientos tipográficos firmes, de la nómina de trabajos realizados por impresores, libreros y demás ramificaciones del oficio —a menudo confundidas—, parece desprenderse que actuaron de forma esporádica y autónoma. Por otro lado, los tipógrafos no se dedicaban a una labor en exclusiva; también vendían directamente en sus talleres los libros que imprimían, así como los productos facturados por otros colegas. Este fue el caso de Jaime Mesnier, quien surtía al público de sus trabajos en su negocio de la calle Mayor<sup>39</sup>; o bien de Mateo Penen, impresor del que apenas sabemos más que trabajó en la ciudad de Orihuela durante los años 1672-1673 y 1689-1693, así como en Valencia de 1681 a 1682, despachando, en su tipografía instalada en la primera urbe, los impresos que componía<sup>40</sup>. Idéntica práctica había llevado a cabo Juan Vicente Franco durante su asentamiento en Valencia, en la calle de la Pellería; así como José Díaz Cayuelas, en el taller instalado frente al convento de San Francisco de Murcia<sup>41</sup>.

El negocio impresor muy a menudo tenía una estructura familiar, dedicándose a ello la mayoría de sus miembros, quienes solían emparentar con otras estirpes del ramo creando auténticos emporios. Sin embargo, esta endogámica costumbre apenas se ha constatado entre los impresores establecidos en las zonas que estudiamos, precisamente por su precaria e inestable situación durante toda la centuria. Pese a las demandas de las instituciones, ayudas económicas y ciertos intentos proteccionistas, como el de la concesión del título de «impresor de la ciudad», sus negocios no llegaron a cuajar del todo. En Orihuela sólo los herederos de Juan Vicente Franco continuaron en ejercicio, aunque muy brevemente, ya que se ha constatado como única fecha de actividad el año 1673, como editores asociados a Mateo Penén para imprimir la obra de José Vergé, *De possibilitate praeservativae redemptionis deipara a peccato originali...*<sup>42</sup>. En 1725 la viuda de Andrés Clemente, Tomasa Aragón, alegando haber quedado con cuatro hijos que sustentar, solicitó al consistorio alicantino que le siguiera manteniendo la distinción de «impresor de la ciudad», para cual puso al frente del negocio a su hermano, José, continuando activos hasta 1731 aproximadamente<sup>43</sup>. En 1735 el ayuntamiento acordó otorgar este título a Nicolás Carratalá, señalándole un salario de 30 libras, al igual que sus antecesores. Con su nombramiento sí se inició en la capital alicantina una dinastía de impresores que, con más o menos paréntesis, se mantuvo activa hasta principios del siglo XX<sup>44</sup>.

\* \* \*

Centrándonos ahora en la evolución de la producción libraria<sup>45</sup> y la temática dominante, los resultados apenas sorprenden. Tal y como observamos en el gráfico 1, el predominio de las obras relativas a las materias de Religión-Teología es abrumador, con cerca del 65% del total de impresos publicados entre 1602 y 1740. Dentro de este apartado, los correspondientes a sermones, florilegia, oraciones, hagiografías, biografías, controversias, etc., resulta, con mucho, el sector más amplio; seguido de los comentarios o exégesis bíblica, así como estatutos y privilegios de órdenes religiosas. Ningún indicio en esta relación de obras de alta especulación teológica y, por lo que a las tesis universitarias se refiere, su difusión no se concretó hasta entrado el Setecientos, y dentro de los cánones escolásticos más puros. Entre las obras publicadas, reseñaremos como más representativas de lo expuesto: *Directorio espiritual para alcanzar la divina gracia y servir a Dios*<sup>46</sup>; *Historia verdadera de la maravillosa aparición, prodigios y milagros de Nuestra Señora de Orito*<sup>47</sup>; el tratadito de moral cristiana *Arte de*

*conocer y agradar a Jesus...*<sup>48</sup>; *Clypeus defensionis sive exorcismi...*<sup>49</sup>, sobre exorcismos, tal y como indica el título; los comentarios bíblicos de Juan Tremiño, *Comentarii in quatuor Davidis regis & prophetae celeberrimi psalmos*<sup>50</sup>; así como *Defensa franciscana... en favor de los religiosos recoletos y descalços... de Orihuela...*<sup>51</sup>, relativo a las controversias o disputas protocolarias, tan frecuentes en el seno de la sociedad barroca.

Las Bellas Letras es el apartado que le sigue a continuación, pero a mucha distancia, ya que las siete obras contabilizadas suponen el 13% de la producción. Se trata en su mayoría de obritas de carácter moral, aleccionadoras y de poco alcance; así como algunos textos de lengua y gramática latinas, entre las que citamos, *Escuela muda de gramatica latina en las aulas de ortografia y prosodia*<sup>52</sup>; o las dos obras del autor apodado Fabio Virgilio Cordato, *El Lazareto de Milán... novela moral y jocosa*, así como la segunda parte de ésta, que fue publicada con el título de *Noches de convalecencia*<sup>53</sup>.

El Derecho, las Ciencias y Artes y los impresos de temática variada, sobre todo los relacionados con cuestiones políticas y/o económicas, ocupan, por ese orden, el final de la relación. Merece la pena destacar el trabajo de Juan Bautista Bataller, *Disceptatio unica de signis propriis veneni sumpti...*<sup>54</sup>; o bien *Alegacion en todo derecho... por la Real Hazienda y jurisdiccion... en la Diocesis de Orihuela... sobre si en la aduana... de la ciudad de Alicante...*, presentada por el que fuera alcalde mayor del primer consistorio borbónico alicantino, Francisco Esteban Zamora<sup>55</sup>. El *Llibre de capitols ab los quals se arrenden y collecten los derets reals...*, de Luis Ocaña<sup>56</sup>; el *Memorial theologico y juristico dirigido a ... la ciudad de Valencia para que... manden quitar la casa pública de dicha ciudad*, presentado por el franciscano fray Juan Jimeno<sup>57</sup>; o la *Relacion de las festividades demostraciones con que... Alicante celebró la exaltacion al trono de ... Luis Primero*<sup>58</sup>, figuran, asimismo, en este grupo.

Ya hemos comentado el modo en que la industria tipográfica se vio seriamente afectada, cuando no contó con los apoyos suficientes por parte de los poderes públicos. De igual forma, su debilidad estructural enflaqueció gravemente con las crisis coyunturales, motivadas por problemas sanitarios, económicos o políticos<sup>59</sup>. En cualquiera de los casos, aunque todas estas cuestiones influyen —y no poco—, no estamos por el momento en disposición de interpretar qué motivos concretos favorecieron la producción en un decenio determinado o al contrario; tan sólo nos limitaremos a comentar los datos, sin más especulación, dejando las pertinentes explicaciones —si las hubiere— para cuando avance el estado de nuestras investigaciones. Efectuada esta precisión del gráfico 2 se desprende que el periodo más fructífero para la imprenta alicantina, en su totalidad, tuvo lugar entre los años 1621 a 1630, momento en que se facturaron doce publicaciones y sólo en la capital del Bajo Segura, claro está. Los decenios 1691-1700 —cuando se implanta este arte en la ciudad de Alicante—, así como los comprendidos entre 1701-1710, 1631-1640 junto a 1671-1680, son los de mayor productividad con nueve, ocho y cinco obras publicadas, respectivamente. El periodo más fecundo coincide con el momento en que trabajan, al mismo tiempo, los establecimientos de Luis Berós y Juan Vicente Franco; quien sobresale por su abundante y continuado rendimiento, ya que se mantuvo activo en la ciudad durante más de 40 años, regentando primero un taller en la calle de la Feria, y luego en la calle Mayor<sup>60</sup>.

\* \* \*

No queremos finalizar este análisis sin dedicar algunos párrafos al comercio del libro en la provincia de Alicante, pese a que las noticias en torno a este asunto son más bien escasas. Al margen de las transacciones entre particulares, de las que a menudo nos dan cuenta los protocolos notariales, sustanciosas referencias nos las proporciona el P. García Oro en su traba-

jo sobre las visitas e inspección a las librerías, de los diversos reinos de España, a partir de la orden de Felipe II en la década de los setenta del siglo XVI<sup>61</sup>. El punto de referencia de la zona de Levante que se comprende entre Alicante y Murcia, lo constituía el puerto de la capital alicantina; en el cual tenían su sucursal varias firmas de libreros extranjeros, sobre todo italianos, que surtían de libros a toda la zona.

Tal y como se desprende del cumplimiento de las disposiciones reales sobre las visitas a librerías, llevadas a cabo por el corregidor Lope Sánchez de Valenzuela y el escribano Bernardino Caballero, en 1572 Luis de Segura y su hijo, Juan, figuraban como libreros con tienda abierta en la ciudad de Murcia. Se trataba de agentes que trabajaban fundamentalmente con Cartagena y Lorca, y quienes disponían de un gran acopio de obras litúrgicas y religiosas. Otros negociantes que contaban con ejemplares de breviarios, misales, oficios y horas —únicos libros por los que se preocupaban en ésta pesquisa— eran un médico apodado «doctor Espejo» —quien a su vez mantenía negocios con el librero valenciano Gabriel Rivas, que atendía sobre todo pedidos de Venecia— o Pedro de Salcedo, secretario de la Inquisición de Murcia, que vendía textos litúrgicos con destino al clero, siendo su proveedor el genovés Nicolás Imperial, afincado en Alicante<sup>62</sup>. No obstante, no parece que éstos últimos se dedicaran propiamente al negocio librero, sino que eran corredores o especulaban con los ejemplares esporádicamente.

La familia italiana de los Grassi tenía agentes en Valencia y Alicante, desde donde se mandaban envíos a mercaderes de Murcia, Lorca y Cartagena; sin embargo, lo más interesante de la pesquisa murciana —sigue comentando García Oro— fue el descubrimiento de sus proveedores italianos instalados en Alicante y Murcia, conocidos gracias a las averiguaciones de Enrique Palafox, *portanveus* del gobernador de Valencia, y quienes servían, además de a las localidades murcianas comentadas, a otras más alejadas caso de Granada<sup>63</sup>, siendo uno de sus destinos principales las corporaciones eclesiásticas<sup>64</sup>. El milanés Andrés Hulio y los genoveses Nicolás Imperial y Simón Mella son otros negociantes a tener en cuenta. Imperial recibía sus envíos a través del galeón de los Alegreti, parte de los cuales era remitida a Valencia, donde se hacía cargo Jacobo Antonio Cabal; otra se mandaba a Pedro Salcedo, de Murcia; mientras que Granada era el último destino. Por lo que respecta al citado Mella, también recibía sus pedidos de Milán en el mismo barco genovés, haciéndose cargo de los mismos la compañía de Nicolás Sigala y Jerónimo Cipión, quienes facturaban los impresos a varios libreros de la ciudad de Valencia<sup>65</sup>.

Por lo que respecta al volumen librario objeto de comercio, las diligencias llevadas a cabo en Alicante, en virtud de la Provisión de 1572, pusieron de manifiesto que la suma de obras halladas en las casas y negocios de los citados comerciantes, ascendió a la nada despreciable cantidad de 6.120 ejemplares entre breviarios, oficios, misales y horas<sup>66</sup>. En ese mismo año, el corregidor Valenzuela, en carta con fecha de 24 de septiembre, comentaba que había tenido noticia de que en el puerto alicantino había atracado un barco con un gran cargamento de libros, por lo que envió aviso al gobernador para ejecutar el secuestro de los mismos; cuando procedieron al embargo, sólo consiguieron requisar 5.600 ejemplares, ya que muchos ya habían sido enviados a distintas ciudades, para proceder a su venta<sup>67</sup>.

En función de lo expuesto, queda patente que la ciudad de Alicante, y especialmente su puerto, jugó un destacado papel en cuanto al volumen del comercio librario en el siglo XVI. No obstante, datos aislados parecen confirmar que este comercio se mantuvo activo hasta el final de la Edad Moderna, y que a través de dicha ciudad se seguía surtiendo a las poblaciones vecinas. Así se desprende, por ejemplo, de las informaciones proporcionadas por J. Burgos y M. Peña, a partir de su estudio sobre una familia barcelonesa de impresores-libreros: los Piferrer. El único libro copiador de facturas de su librería conservado, que comprende los años 1790 a 1804, nos informa que un elevado porcentaje de ingresos lo generaba el comer-

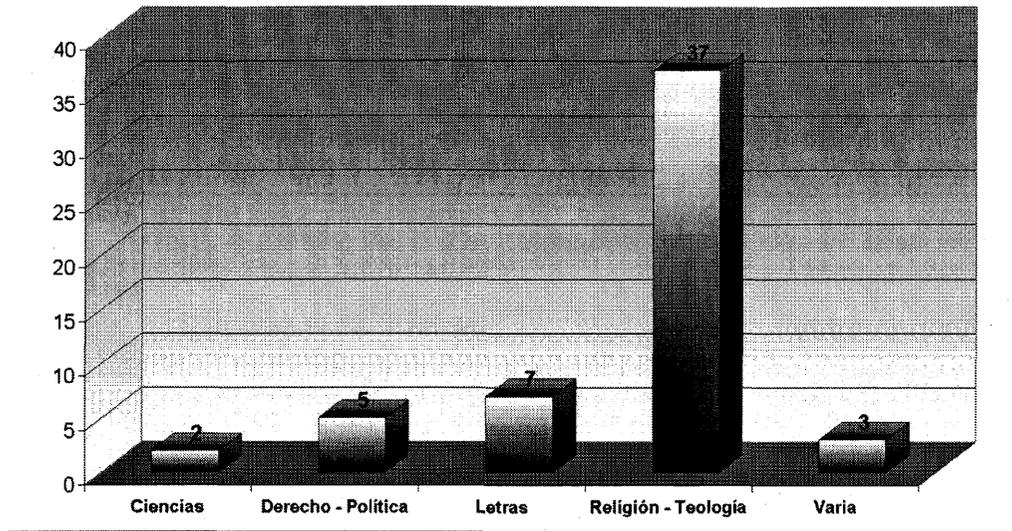
cio con Cádiz, Valencia, Cartagena, Málaga, Alicante (que suponía algo más del 5% de los mismos), Murcia (con un 3%) y Orihuela (con 1'6%). Dicha transacción se efectuaba casi en su totalidad con librerías establecidos en estas ciudades, como era el caso de Tomás España, afincado en la capital alicantina o Diego Mallén, en Valencia<sup>68</sup>.

\* \* \*

Llegado el momento de recapitular, durante la mayor parte de la Edad Moderna los talleres de imprenta alicantinos mantuvieron un carácter artesanal y familiar, con escasos medios, lo que nos confirma los límites del mercado al que abastecían. Otros datos abonan la hipótesis; como dijimos, los impresores nunca estuvieron en condiciones de hacer frente a la competencia que suponían otras empresas de raigambre, establecidas tiempo atrás y ya consagradas en la capital valenciana o en la zona castellana, por ejemplo; así como escasas fueron las posibilidades de crear una infraestructura de mercado adecuada, que facilitara la fluidez de intercambios entre impresores, editores y librerías, ya fuera de material librario o tipográfico. Sus negocios no pasaron de ser pequeños talleres, normalmente situados en el centro de la ciudad, al servicio de las necesidades administrativas de las instituciones civiles, del clero local —protagonista a la hora de producir y mandar a la imprenta sus trabajos— así como de particulares, que querían ver en letras de molde sus sermones, oraciones y demás literatura de estas características.

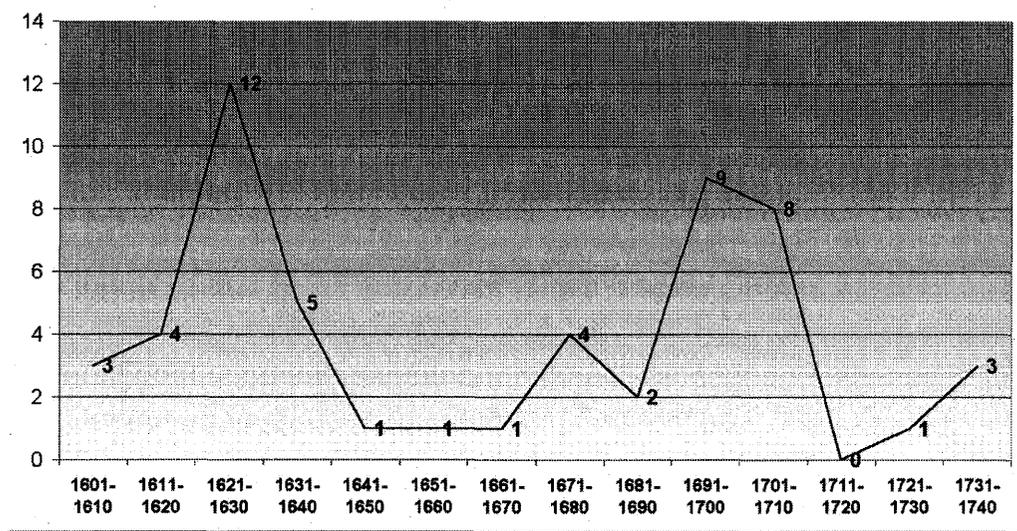
Estos hechos marcaron desde el principio unos límites muy claros a los tipógrafos que se fueron estableciendo en Orihuela y Alicante, al compás de una demanda ciertamente irregular, y hasta deficiente por momentos, junto a las políticas tan poco definidas que mantuvieron los concejos municipales y la Iglesia, respecto de los impresores establecidos en ambas localidades alicantinas.

Gráfico 1



*Imprenta en la provincia de Alicante*  
*Materias*

Gráfico 2



*Imprenta en la provincia de Alicante*  
*Años de producción*

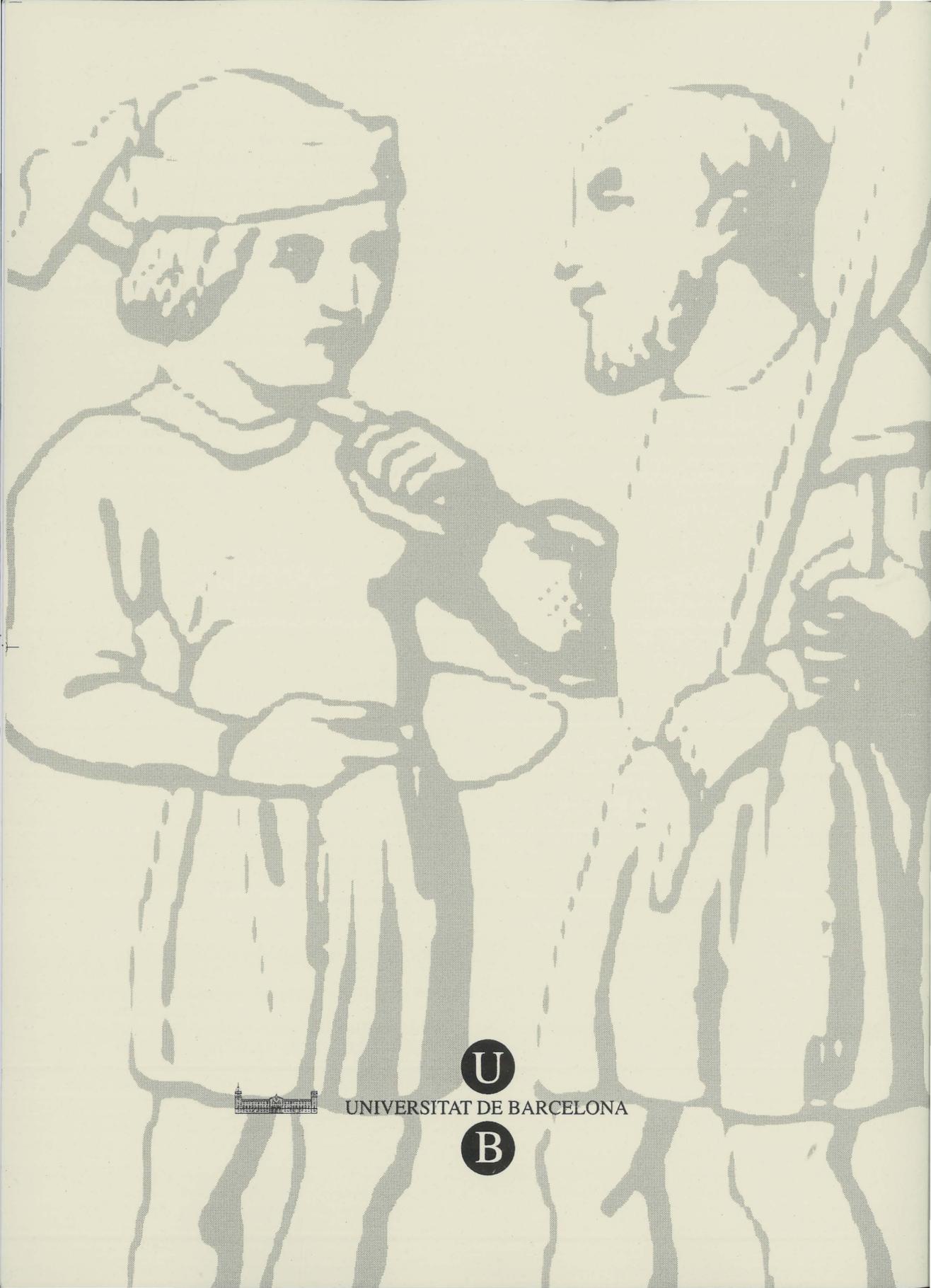
## Notas

- 1 Un resumen de los condicionantes económicos, políticos y culturales que se sucedieron en el siglo XVII sobre la producción impresa puede, ségirse en: Sarriá, A. «La imprenta en el siglo XVII» en Escobar, H. (Dir.) *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*. Madrid, Germán Sánchez Rupiérrez-Pirámide, 1994. Pp. 141-199.
- 2 Los centros religiosos proliferaron de tal suerte que hacia el año 1600 entre el cabildo catedral, la curia diocesana, parroquias, conventos, ermitas y capillas, la urbe albergaba más de la tercera parte del clero de todo el obispado; proporción de iría *in crescendo* en años posteriores. Buenos retratos de la ciudad en la Edad Moderna han sido efectuados, entre otros, por: Bernabé Gil, D. *Tierra y Sociedad en el Bajo Segura: 1700-1724*. Alicante, 1982; del mismo autor: *Monarquía y Patriciado urbano en Orihuela, 1445-1707*. Alicante, 1990; Martínez Gómis, M. *La Universidad de Orihuela 1610-1807. Un centro de estudios superiores entre el Barroco y la Ilustración*. Inst. cultura «Juan Gil-Albert» de la Diputación de Alicante, et al. Alicante, 1987. 2 vols; Vilar, J.B. en *Historia de la ciudad y Obispado de Orihuela: Tomo IV: Orihuela. Una ciudad valenciana en la España Moderna*. Murcia, 1981. 3 vols.
- 3 Véase al respecto: Martínez Gómis, M. *La Universidad de Orihuela...* Op. Cit.; así como del mismo autor: «La Universidad de Orihuela» en *VVAA Historia de las Universidades valencianas*. Alicante, 1993. 2 vols. Vol. II, pp. 5-151.
- 4 García Soriano, J. y García Morales, J. *La imprenta en Orihuela. Ensayo de un Catálogo de tipógrafos y de obras impresas en esta ciudad desde la introducción de la imprenta en la misma el año 1602 hasta el de 1825*. Establecimiento Tipográfico de Rafael G. Menor. Toledo, s.a.  
 Figueras Pacheco, al justificar la prioridad de Orihuela respecto a Alicante en materia de imprenta, comentaba lo siguiente: «Orihuela tenía la riqueza de su vega para contrarrestar la del comercio alicantino; y su importancia de ser capital de la diócesis, con su pléyade de instituciones religiosas, su Seminario, su Colegio de Dominicanos, más tarde Universidad, y otros tantos centros análogos, donde la familiaridad con los libros se conectaba más fácilmente con la imprenta, que con la carga y descarga de mercancías sobre los diques de un muelle» Cfr. en Figueras Pacheco, F. *La Imprenta en Alicante en el siglo XVIII*. Alicante, 1957. La cita en pp. 16.  
 De la misma opinión es E. Llobregat, cuando afirma: «La erección de la Universidad es la que explica la posibilidad de necesitar los servicios de impresores al cabo de cierto tiempo de configurarse los estudios, y si bien no era necesario a los alumnos, toda vez que el método de enseñanza estaba basado fundamentalmente en el dictado, sí que era de capital interés para los doctorandos que había de publicar sus tesis; costumbre que sigue vigente en la actualidad» Cfr. en *Historia del Libro en la Provincia de Alicante, hasta el siglo XVIII*. [Alicante?], [1974]. Tirada aparte de la *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos* N° 13. La cita en pp. 13
- 5 De la Mano González, M. *Mercaderes e impresores de libros en la Salamanca del siglo XVI* Salamanca, Universidad, 1998. Pp. 45
- 6 Martínez Gómis, M. *La Universidad de Orihuela...* Op. Cit. Vol. II. Pp. 243-252.
- 7 Llobregat, R. *Historia del libro...* Op. Cit. Pp. 13; Blasco, R. «Síntesis histórica de la imprenta valenciana» en *La imprenta valenciana*. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, Valencia, 1990. Pp. 51-101. La cita en pp. 69
- 8 José Esteve —también citado como Estéban o Estéfano— ostentó la mitra episcopal de 1594 a 1603. Estudió en la Universidad de Valencia, de donde era natural, sobresaliendo en latín y griego. Se doctoró en Teología y obtuvo amplios conocimientos de los Santos Padres, sobre todo los griegos. Estuvo muy relacionado con los círculos valencianos, especialmente con el arzobispo y patriarca de Valencia, Juan de Ribera, o con el obispo de Badajoz, Juan de Simancas. Llevó a cabo el segundo sínodo de Orihuela en 1600, para llevar a la práctica en su diócesis los decretos tridentinos. Martínez Valls destaca de este personaje su dedicación al estudio, que dio como fruto diversas publicaciones, así como su talla moral, intelectual y humana; pero también comenta los problemas y litigios que mantuvo con el concejo de Alicante, el cabildo de la catedral oriolana, o sus diferencias con el citado Ribera. A su muerte, acaecida en Ayora en 1603, se presentó el Nuncio en España para efectuar el acostumbrado expolio sobre el conjunto de bienes del difunto que, por haber sido adquiridos con rentas eclesiásticas, quedó en propiedad de la Iglesia. Tras inventariar y valorar su librería personal, se procedieron a enviar a la Biblioteca Vaticana unas 22 cajas cubiertas, que contenían los 1.595 tomos que la constituían, ya que «no se había podido vender a un precio conveniente». Sin duda, debió tratarse de una biblioteca de envergadura, que ponía de relieve las inquietudes culturales de este prelado. Desgraciadamente, la relación de dichas obras se perdió y, lo poco que se sabe de ellas es que, al llegar a Roma, el Papa Pablo V regaló dichos libros a su sobrino, el cardenal Scipione Borguese, en mayo de 1608. Pero como quiera que éste fue designado bibliotecario del Vaticano, las obras revirtieron a ella engrosando sus fondos. Cfr. Martínez Valls, J. «Semblanza biográfica del obispo de Orihuela don José Esteve Juan (1551-1603), y sus relaciones << ad limina >>» en *Anthologia Annu* n° 26-27 (1979-1980). Inst. español de Historia eclesiástica. Roma, 1980. Pp. 555-612; Vidal Tur, G. *Un obispado español. El de Orihuela-Alicante*. 2 vols. Diputación Provincial de Alicante. Alicante, 1962; vol. I, pp. 148-165
- 9 De la misma opinión es J. Delgado Casado quien afirma: «Sorprende, quizá, un poco, encontrar ya comenzado el siglo XVII un impresor ambulante, viajero, con su imprenta por varias ciudades (...).» Cfr. en *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)* Madrid, Arco/Libros, 1996. 2 vols. Vol. II, pp. 676.

- 10 La nómina de tipógrafos que trabajaron en Orihuela de 1602 a 1730, deducida a partir de la producción impresa localizada, es como sigue: en 1602-1603, Diego de la Torre; 1612, Juan Barceló; 1612-1626, Agustín Martínez; 1615, Agustín Ramos; 1615, Blas Gascón; 1617-1619, Francisco Felipe Mey; 1617-1623, Luis Berós; 1626-1669, Juan Vicente Franco; 1672-1693, Mateo Penén; 1673, herederos de Juan Vicente Franco; 1694-1707, Jaime Mesnier; 1714-1733, José Díaz Cayuelas. Cfr. en Albert Berenguer, I. *La imprenta en la Provincia de Alicante (1602-1925)* Alicante, Diputación, 1971, pp. 124-125; García Soriano, J. y García Morales, J. *La imprenta en Orihuela...* Op. Cit. Pp.419-422; Delgado Casado, J. *Diccionario de impresores...* Op. Cit. T.II, pp. 786.
- 11 Díez Revenga lo califica como impresor valenciano, mientras que Albert Berenguer le supone una ascendencia alemana. Al parecer, antes de llegar a Alicante vivió en Valencia; aunque allí no imprimió ninguna obra o, al menos, no queda constancia de su existencia. Cfr. en Delgado Casado *Diccionario...* Op. Cit. Vol. I. Pp. 450
- 12 Siguiendo a Albert Berenguer, Jaime Mesnier se traslada a Orihuela desde Alicante en 1694; donde trabaja hasta 1711, fecha en que marcha a Murcia. Tras Mesnier, Claudio Page se establece en la capital alicantina, donde imprime desde 1712 a 1714, aproximadamente. Un año después, Andrés Clemente da a luz sus primeras impresiones, que continuará hasta 1726 ó 1727; momento en que le sucederán sus herederos. Díez años más tarde se fecha el primer impreso de Nicolás Carratalá en Alicante, cuya labor continuará hasta 1757. Cfr. en *La imprenta en Alicante...* Op. Cit. Pp. 7-9.
- 13 En el Palacio episcopal de Orihuela, Diego de la Torre imprimió en 1603 unos comentarios al *Libro de los Macabeos* del obispo José Esteve; en 1617 Felipe Mey imprime en el convento de san Agustín de la misma ciudad una biografía de sor Juana Guillem, elaborada por fray Gaspar Mancebón. Mucho más tarde, en 1753, el afamado José Alagarda facturaría en la imprenta del seminario de San Miguel *Informacion de todos los testigos ... en el acto de amonicion de las dos monjas ... del convento de san Sebastián de Orihuela... contra las muchas falsedades ... y el recto modo de proceder del obispo de esta diócesis*, así como *Certamen oratorio-poético en el qual los alumnos .... harán demostración de sus progresos en la Elocuencia, y Poesia ...* Cfr. en Albert Berenguer, I. *Imprenta en la provincia de Alicante (1602-1925)* Alicante, Diputación, 1971. Pp. 27; así como *Catálogo colectivo del patrimonio bibliográfico español. Edición en Internet. Siglos XV-XVIII.* - Ministerio de Educación y Cultura, (<http://www.mec.es>), en adelante CCPB), nº 36256, 47150 y 294792.
- 14 Nos referimos a *El catecismo en práctica con su theologia y una suma de la doctrina christiana...* del capuchino Luis de Flandes, impreso por José Díaz Cayuelas en 1727, y costeado por él mismo y un mercader de Alicante; así como *Parte primera del ramillete espiritual para los terceros, cofrades y devotos de nuestro P.S. Francisco*, compuesto por su hermano de orden, Antonio Guixon, impreso en Orihuela por Vicente Franco, a costa de Juan Barma en 1630; CCPB, nº 143846 y 46760.
- 15 A(rchivo) M(unicipal) de O(rihuela), Nº 1540. *Cuentas de fábrica. Iglesia de Santiago.*
- 16 Como pone de manifiesto, por ejemplo, A. Rojo Vega en *Impresores, libreros y papeleros en Medina del Campo y Valladolid. Siglo XVII.* Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994. Pp. 15. Esa misma práctica se constata en los estudios tipobibliográficos llevados a cabo, por Bosch Catallops, M. *Contribución al estudio de la imprenta en Valencia en el siglo XVI.* Madrid, Universidad Complutense, 1989. 2 vols. (Colecc. Tesis Doctorales; 191/89); Martín Abad, J. *La imprenta en Alcalá de Henares: 1502-1500.* Madrid, Arco/Libros, 1991, 3 vols; o bien Ruiz Fidalgo, L. *La imprenta en Salamanca 1501-1600* Madrid, Arco/ Libros, 1994, 3 vols.
- 17 Infantes, V. «La Educación, el libro y la lectura» en García de la Concha, V. (Dir.) *La cultura del Renacimiento (1480-1580)* en Menéndez Pidal (Dir.) *Historia de España* vol. XXI. Madrid, Espasa Calpe, 1999. Pp. 5-50.
- 18 *Ibidem*, pp. 29
- 19 CCPB, nº 226263, 226264, 226265, 226267, 226268 y 212575
- 20 Pérez Pastor, C. *La Imprenta en Medina del Campo* Pedro Cátedra (ed.), [Valladolid], Junta de Castilla y León, 1992.
- 21 Blasco, R. «El comerç valencià...» Op. Cit. Pp. 209-210
- 22 A.M.O. nº 1464, fol. 62. *Cuentas de fábrica. Iglesia de Santa Justa y Rufina*
- 23 A.C.O. *Diccionario Histórico de acuerdos capitulares de la Iglesia catedral de Orihuela desde 1635 hasta 1715.* Tomo II. Sign.: 927 sff.
- 24 A(rchivo)M(unicipal) de A(licante), *Cabildos Arm.* 9, Lib. 4, fol. 40 vto.
- 25 A.M.O. nº 1741, fol. 26 vto. *Cuentas de la fábrica mayor*
- 26 Para lo cual abonaron 146 pesos y 12 sueldos, a razón de 61 reales de vellón el pergamino. A.M.O. Nº 1725, fol. 26-27. *Cuentas de la fábrica mayor*
- 27 Blasco, R. «El comerç valencià...» Op. Cit. Pp. 234
- 28 Bohigas, P. *El libro español. Ensayo histórico.* Barcelona, Gustavo Gili, 1962. Pp. 231-232
- 29 Cerdá Díaz, J. *Libros y lectura en la Lorca del siglo XVII.* Murcia, 1986. Pp. 27
- 30 A.C.O. *Dietari del Ilmo. Cabildo de Oriola. 1672-1691.* Sign: 882, nº 14, fol. 508 vto.
- 31 Bernabé Gil, D. *Hacienda y mercado urbano en la Orihuela foral moderna.* Alicante, Inst. Cultura «Juan Gil-Albert» de la Diputación Provincial, 1989. La cita en pp. 49-56
- 32 Martínez Gómis, M. *La Universidad de Orihuela...* Op. Cit. Vol. II, pp. 96. Este autor, siguiendo a J.P.Tejera y R. de Moncada, comenta que una vez instalado en Orihuela de la Torre estuvo imprimiendo entre 1612 y 1613 obras del historiador local Martínez Paterna; no obstante, ni el CCPB ni el *Catàleg Col.lectiu del patrimoni bibliogràfic*

- valencià.- [CDROOM]. Valencia, Consellería de Cultura, Educació i Ciència. Biblioteca valenciana, 1995, en adelante CCPBV, recoge ninguna obra de estas características.
- 33 No tenemos ninguna noticia acerca del librero Antonio Barma, aunque, tal vez, pudiera tener algo que ver con el editor Juan Barma, quien costeó algunas de las obras del afamado impresor Luis Sánchez en su etapa madrileña, como la *Summa. llamada nueva recopilacion y practica del fuero interior...* del mínimo Alonso de Vega en 1606. Con anterioridad se localiza en Alcalá de Henares, donde se asocia con Juan Iñiguez de Lequerica para la impresión del *Tratado de las tribulaciones* de Pedro de Ribadeneira en 1593 (CCPB, n° 25003) y en 1595 hacia lo propio con Juan Gracián, para costear la obra del portugués Héctor Pinto, *Imagen de la vida christiana* (n° 188710). En Orihuela Juan Barma corrió con los gastos de la impresión de *Primera parte del ramillete espiritual, para los terceros, cofrades...* de fray Antonio Guixon, impreso por Vicente Franco en 1630 (n° 46760). En la década de los años cincuenta, tenemos constancia de la existencia de un editor en Madrid llamado José Muñoz Barma, quien colaboró con Diego Díaz de la Carrera y Melchor Sánchez en la publicación de *Christales de Helicon, rimas de don Garcia de Salzedo Coronel* (1650) y *Parte tercera de comedias de los mejores ingenios de España* (1653), respectivamente (n° 40751 y 42383).
- 34 A.M.O. *Libros de Clavería* N° 664 (años 1623-1624) S/f.
- 35 A.M.O. *Libro del Contestador del año 1625*. fol. 135 vto.
- 36 Resultan de sumo interés ciertas apreciaciones de Figueras Pacheco, acerca de la fecha de publicación de estos *Estatutos*. Comenta este autor haber visto un ejemplar de los *Estatutos*, fechados en Madrid en 18 de diciembre de 1669; lo cual quiere decir que se correspondería con la primera edición, imputable al año 1670. Carece de portada y pie de imprenta, asegurando que muy probablemente dicha edición se facturara en Alicante, «donde la nula experiencia tipográfica hizo que se dejaran de imprimir portadas, dándose por suficiente la reproducción íntegra de los Estatutos en la forma dicha». La reimpresión de los mismos se llevó a cabo en Orihuela en 1699, como queda dicho, por Jaime Mesnier, tal y como figura en la portada. Cfr. en Figueras Pacheco, F. *La imprenta en Alicante...* Op. Cit. Pp. 16-17
- 37 Se trata de: *Sermon panegirico, que en las solemnnes fiestas a san Juan Bautista, que se celebraron en la ciudad de Alicante, en hazimiento de gracias a Dios N. Señor por la ... eleccion de gran Maestre de Malta en el ... Señor Don Ramon de Perellos y Rocafull predicó el doctor D. Ioseph Sala*. (Orihuela, J. Mesnier, 1698) CCPB, n° 52557; así como *Sermon en las rogativas por el agua que la ciudad de Alicante hizo el día XVII de abril de el año MDCCIII predicado por Joseph Marti...* (Orihuela, J. Mesnier, [s.a]), CCPB, n° 148228.
- 38 Nos referimos a los impresos siguientes: *Por la ciudad y justicia de Alicante con el señor de las caserías del territorio de Agost* (1671); *Por el procurador patrimonial de su magestad y la ciudad de Alicante contra la villa de Sexona en el pleyto del iuzio quis interim [etc.] ite pendente manutenendus sit...* (1676); *Por la ciudad de Alicante y Gines Gosalvez, escrivano... y jurados de dicha ciudad con el doctor Victoriano Tredos y Pasqual* (1680). Así como *Allegacion por el Dr. Francisco Bourgunyo ... en nombre propio y de padre y legitimo administrador de Pedro, Juan Alfonso, y Joaquin Bourgunyo de la ciudad de Alicante, en la causa de milicia y generosidad que cursa en el S.S.R Consejo de Aragón...* (1688), estudiada por nosotros y comentada en *Oligarquía y poder en el siglo XVIII. La familia Bourgunyo de Alicante*. Alicante, Inst. «Juan Gil-Albert», 1994.
- 39 Este era el caso de la obra del franciscano Juan Mora, *Oracion evangelica en hacinamiento de gracias por la milagrosa cosecha... que ha concedido a los campos de Orihuela la Virgen de Monserrate...*, impresa por Mesnier en 1695.
- 40 Así al menos se desprende de la lectura de algunos colofones impresos por él, como *La Fenix troyana: epitome de varias y selectas historias, assi divinas como humanas: breve resumen de la poblacion del universo...* de Vicente Mares, impresa en 1681, CCPB, n° 47152
- 41 *Libro del Reyno de Dios, del camino por donde se alcança, confirmado con exemplos y sentencias de santos...* del doctor Pedro Sánchez. Impresa en Valencia, en casa de Juan Vicente Franco, en la Pellería Vieja junto a San Martín, a costa del mismo impresor, y se venden en su casa (1611). CCPB, n° 52560; y del segundo, *Historia de la sagrada passion sacada de los quatro evangelios...* del jesuita Luis de la Palma. Véndese en su casa enfrente de San Francisco, 1719, CCPB, n° 155468
- 42 CCPB, n° 206043
- 43 Figueras Pacheco, F. *La imprenta en Alicante...* Op. Cit. Pp. 23
- 44 *Ibidem*, pp. 24
- 45 Para lo cual hemos tomado como base únicamente las obras que figuran en el CCPB y el CCPBV, y no en otros repertorios; parte de los cuales recogen impresos de los que «se dice tener noticia» o se hallan en bibliotecas particulares inaccesibles y, por lo tanto, ni se tiene constancia de su existencia hoy por hoy, o no han sido catalogados.
- 46 De Lorenzo Gondino, impresa en Orihuela por Agustín Martínez en 1615, CCPB, n° 36834
- 47 Compuesta por el franciscano Isidoro Gutiérrez, e impresa en Alicante por Andrés Clemente en 1715, CCPB, n° 117492
- 48 De Antonio Ferrer, y de la cual Luis Berós facturó en Orihuela dos impresiones, en 1620 y 1631, CCPB, n° 52167
- 49 De José Sánchez, impresa en 1694 por Jaime Mesnier
- 50 Orihuela, Luis Berós, 1623, CCPB, n° 37585

- 51 Cuyo autor es Jaime Serra, siendo impresa en la ciudad del Segura por Vicente Franco en 1635, CCPB, n° 47262
- 52 Del mercedario Manuel Sánchez del Castellar, impresa en Orihuela por Mateo Penen en 1672, CCPB, n° 56135
- 53 Publicadas ambas en Orihuela, por Vicente Franco, en 1639, CCPB, n° 49106 y 49107.
- 54 Impresa en 1661 por Juan Vicente Franco.
- 55 Facturada por Claudio Page en 1714, CCPB, n° 276217
- 56 Agustín Martínez, Orihuela, 1613.
- 57 Impreso en Orihuela por Vicente Franco, 1629, CCPB, n° 48895
- 58 Publicado en Alicante por Andrés Clemente en 1724, CCPB, n° 146546
- 59 Nos referimos a la peste de 1648 que asoló la ciudad de Orihuela, las reiteradas peticiones de los primeros impresores alicantinos para que el consistorio les abonara el importe de su trabajo, los efectos del bombardeo francés de fines del XVII, que acabó con casi el todos los edificios del centro de la capital alicantina, o la propia Guerra de Sucesión.
- 60 Delgado Casado, J. *Diccionario de impresores...* Op. Cit. Vol. I, pp. 246
- 61 García Oro, J. y Estela Silva, M. J. *Felipe II y los libreros. Actas de las visitas a las librerías del Reino de Castilla en 1572*. Ed. Cisneros, Madrid, 1997. Véanse especialmente las págs. 9 a 13.
- 62 García Oro, J. y Portela Silva, M.J. *Felipe II y los libreros*. Op. Cit. Pp. 63-67
- 63 Nicolás Imperial controlaba un amplio mercado mediterráneo. Le surtía desde Génova, Antonio Salvago; y, al tiempo que recibía los envíos en el galeón de los Alegreti, mantenía tratos con el marinero alicantino José Torregrosa, quien transportaba los lotes de libros hasta Valencia, donde operaba su socio, Antonio Cabal. Por su parte, Simón Mella utilizaba los mismos transportes marítimos de los Alegreti, pero conectaba con los genoveses Juan Bautista y Francisco Giustiniani, así como con los hermanos Michitini, milaneses, que tenían una importante sucursal librería en Valencia. Cfr. en García Oro, J. y Portela Silva, M.J. *Felipe II y los libreros*. Op. Cit. Pp. 18.
- 64 *Ibidem*, pp. 17 y 18
- 65 *Ibidem*, pp. 71-81
- 66 *Ibidem*
- 67 *Ibidem*, pp. 78
- 68 Burgos, J. y Peña, M. «Imprenta y negocio del libro en la Barcelona del siglo XVIII. La Casa Piferrer» en *Manuscrits* (1987), n° 6. Pp. 181-216. La cita en Pp. 203-204



UNIVERSITAT DE BARCELONA

U

B